



Ricardo Elizondo Elizondo, *Polvo de aquellos lodos*, México, Tecnológico de Monterrey, 1998, 109 pp.

Indudablemente un libro de impecable factura —agradable formato, buen papel, forrado en tela— que entendemos culmina una relación de años entre las imágenes y el autor, según él mismo lo confiesa en el texto introductorio.

Celebramos también que esta edición corrobore el interés que en Monterrey se tiene hacia la fotografía histórica (o antigua, como la denomina Elizondo), con el cual se consolida otro camino más en el rescate y los estudios regionales y que se vea en estas imágenes una “fuente primaria para la investigación en múltiples disciplinas” (p.10).

Sin embargo, la selección y sobre todo la mayoría de los textos que acompañan a cada fotografía, apelan a una nostalgia que se queda en el suspiro; siendo muy pocas las veces que se convoca a este medio visual como recuperación crítica de un pasado sobre el cual valdria la pena reflexionar.

Falta consistencia en los fechamientos de la toma y en la atribución de su autoría, salvo en muy pocos casos, quizás por inferir que ésta se adivina en la fotografías que aparecen, siendo estos datos básicos para hacer de las fotografías verdaderos documentos para la investigación.

No obstante algunas imágenes denotan la particularidad del pasado regiomontano, sirva como ejemplo de ello la que ocupa la página 108, identificada como “Pequeño templo”. En medio de andamios y apuntalamientos de madera que soportan las bóvedas de concreto, posa para la cámara un conjunto de trabajadores. A primera vista nos atrae el interesante juego entre las estructuras de madera, los trabajadores y los distintos planos, pero fijémonos en el texto que acompaña a la fotografía:

Proceso de construcción de las bóvedas de Templo de Dolores, a fin del siglo XIX. (junto al arranque del arco, en el extremo derecho asoma una botella de cerveza)

Aunque no presisa una fecha, ni se atribuye la toma a ninguno de los dos autores Desiderio Lagrange o Jesús Sandoval, la observación entre paréntesis provoca numerosas preguntas y respuestas, pero destaca una particularidad que sólo podría darse en ese momento en Monterrey.

Personalmente me hubieran gustado más ejemplos como éste, y que a través de las imágenes y textos seleccionados se hilvanaran las especialidades y peculiaridades que forjaron la actual cultura regia; pero que no se malinterprete, en el libro existen otros ejemplos que apuntan a la estructuración del entendimiento de este pasado.

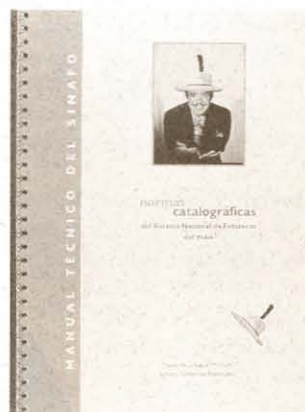
Se extraña también una edición temática de las fotografías, o una historia que dirija al lector a través de la selección de imágenes. Quiero suponer que esto se debió a que el autor marca otra ruta. Bajo el título “Suposiciones, conexiones, lectura libre en el *polvo de aquellos lodos*”, Elizondo nos

cuenta su personalísima relación con el acervo y efectivamente, las 98 imágenes seleccionadas nos conducen libremente por diversos momentos y personajes del Monterrey de entre siglos. Cual fantasmas juguetones (y suponemos son los mismos fantasmas que acompañaron al autor desde su primer encuentro con ellos), los distintos personajes nos encaminan por calles, plazas y edificios, para regresar nuevamente a interrogarnos sobre nuestras impresiones. Léase si no, el texto del retrato de orgulloso padre, madre e hijo que aparece en la página 79, “Enigma”:

Después de ver tantas calles es bueno pasear la vista por una escena familiar. Los ojos de estos personajes se niegan a contarnos su historia...

Que no extrañe si tras hojear este libro, nuestros zapatos terminan un tanto empolvados.

Gina Rodríguez



Paula Alicia Barra Moutlain e Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba, *Normas catalográficas del Sistema Nacional de Fototecas del INAH*, México, Conaculta-INAH, 2000, 49 pp.

Como todos los manuales realmente útiles y prácticos en la materia, el que ahora nos ocupa tiene la función de establecer las normas catalográficas necesarias para el correcto funcionamiento de todo archivo fotográfico en el país. Para tal cometido, resulta claro que el indispensable ordenamiento y clasificación de las fotografías, es la condición *sine qua non* de dicho funcionamiento; y aunque pudiera ser reiterativo, el énfasis lo ponemos porque ahora, más que antes, se requiere del requisito imprescindible de la funcionalidad. O sea que, para acabar pronto, un archivo o colección de fotografías que no esté incluido en esta funcionalidad se condensa de antemano a una situación incierta, porque no está resuelta esa condición de ordenamiento intrínseco propio de tales materiales documentales; y así de entrada, pierde incluso un elemento básico para su valoración, pues un material clasificado e identificado cuenta inmediatamente en una carrera contra el tiempo, porque así podemos decidir sobre su cuidado y permanencia de la mejor manera posible.

Bien se apunta en la presentación de este manual, como lo hace Adriana Konzevik (pp. 7-8), que “conservar sin dar a conocer nos lleva a un callejón sin salida” de ahí que “una de las tareas fundamentales del SINAFO es elaborar instrumentos